

HISPANO AMERICA Y PUERTO RICO*

Mucho agradezco esta invitación que me trae a la alegre guarida del leonismo de San Juan. Dos respetables señores leones, Jorge Font Saldaña y Henry Molina St. Remy, me han pedido que evoque hoy la fecha del descubrimiento, y que sitúe a nuestra isla dentro del marco rico y variado de los pueblos de América. Es decir, que vea nuestro modesto destino colectivo en función continental, como parte de una unidad mayor y de un sistema de vida de dimensiones hemisféricas.

Acostumbramos a hablar del descubrimiento de Puerto Rico como de un determinado suceso en el tiempo con el que se inicia nuestra cronología histórica, suceso que marca nuestra incorporación al ritmo acelerado de la cultura occidental. Pero Puerto Rico es una compleja realidad humana y geográfica, una y varia en su esencia, a la que cada uno de nosotros debe descubrir alguna vez. Hace unos días --y permítaseme esta breve digresión ajena a todo intento partidista-- muchos de nosotros hemos redescubierto a Puerto Rico. Hemos visto, en la noble acción cívica que resolvió agudas tensiones ideológicas, la verdadera estatura moral de nuestro pueblo. Creo que vencedores y vencidos sentimos hoy legítimo orgullo por la sirosa respuesta que dió la gran masa ciudadana a los que desconocían su fervor democrático y ponían en tela de juicio su natural entendimiento y su sentido innato de responsabilidad ante la ley. Descubrir a Puerto Rico en este noviembre de 1944

*Discurso pronunciado ante el Club de Leones, de San Juan el 19 de noviembre de 1944.

no es tanto hurgar entre antiquísimas crónicas para seguir los errabundos pasos de Don Cristóbal, sino llegar a la médula de ese pueblo, humilde y sedentario, que hace cuatro siglos se ha aferrado tenazmente a la tierra puertorriqueña y aquí ha sentado solar y aquí ha soñado en un mundo mejor, en una civilización más rica en hondura y dignidad humana.

Pertenece a un pueblo que ha afirmado su voluntad de vivir y que ha expresado en inequívoco lenguaje su deseo de un orden social más justo y armonioso. Sabe él que el hombre no ha de vivir de su egoísmo individual, sino atento a la necesidad de su prójimo. Sabe también que la sociedad toda es el fruto de una articulada trabazón de esfuerzos comunes de los que nacen los derechos y deberes de cada cual. Este conocimiento intuitivo es el que hace posible su expresión democrática. Es la gran lección que nos da a los que poseemos comodidades materiales y un saber profesional especializado que nos permiten desarrollarnos en una órbita económica superior a la suya.

La presencia de este pueblo que afirma y que cree, impone gravísima responsabilidad a todo el que adelanta teorías para la solución de nuestras dificultades colectivas. Nos obliga al estudio hondo e imparcial de las cuestiones, a la meditación serena y a la apreciación objetiva de las realidades entre las que se desenvuelve nuestro vivir regional. Ciertamente no es este el momento para desplantes demagógicos ni para política de frases grandilocuentes. Lo que todos hemos de hacer es traducir en acción inteligente la formidable voluntad de resolver nuestros problemas que ya ha evidenciado el ciudadano de esta isla.

Con el fin de precisar ciertos factores que han de influir en el desarrollo de esa acción, me permito ahora desembocar mis observaciones en el amplio panorama de la política continental. Juzgo esencial que superemos la visión localista de nuestros problemas. Por mucho tiempo hemos vivido encastillados en nosotros mismos,

desconociendo hasta nuestra propia e inmediata realidad. A nuestra pequeñez territorial ha correspondido siempre una visión municipal y estrecha del mundo de afuera. No nos hemos asomado nunca a la vida internacional de América. Razones poderosas de orden político han contribuido a ese apartamiento, pero hay también que admitir que muy poco hemos hecho para incorporarnos a las corrientes fundamentales que animan el panorama espiritual del Nuevo Mundo. Hasta nuestro propio conocimiento de la vida norteamericana es insuficiente e imperfecto y obedece a una serie de cuadros convencionales y frases de clisé que desfiguran la realidad. ¿Y qué diremos de la concepción que tenemos de Hispanoamérica? Prevalece en muchas personas la idea de que se trata de "pueblos desorganizados y anárquicos, sin poderío, sin magnitud internacional, de cultura fragmentaria y progreso lento y difuso", como dijera hace pocos días un distinguido político.

Esa imagen es esencialmente falsa, por cuanto exagera las cualidades negativas y pretende reducir a absurda caricatura un complejo proceso histórico que exige inteligente comprensión y hondo conocimiento. Desconoce ella la terrible lucha que esos pueblos han sostenido contra factores geográficos adversos, contra ingerencias continuas de poderes extraños, contra hábitos negativos de gobierno que han surgido no sólo de un régimen colonial deplorable, sino también de una vida civil insegura, apenas asentada sobre soberbia y hostil naturaleza. Todo ha conspirado en Hispanoamérica a la dispersión, al aislamiento, a la fragmentación de su masa humana. Y, sin embargo, ¡cuánto se ha hecho! No puedo en estos breves minutos, intentar ni siquiera un rápido recuento. En su lucha contra la naturaleza y contra los factores negativos de su propia tradición, el hombre hispanoamericano ha ido creando, poco a poco, en ingente esfuerzo, una cultura propia. Nadie que conozca el México contemporáneo puede considerarlo como país de fragmentaria cultura. (Nadie que estudie las obras de ingeniería del Perú y del Brasil puede referirse a un "progreso lento y difuso".) Y nadie que haya observado atentamente la trayectoria de la Política del Buen Vecino puede hablar

de pueblos "sin magnitud internacional."

Yo quiero precisamente referirme ahora a este último aspecto, por cuanto estimo que ya es tiempo de que comprendamos a cabalidad las orientaciones fundamentales de la política de este hemisferio. No se trata, no, de un tema ajeno a nuestros intereses inmediatos. Ya hemos decidido poner nuestra casa en orden, ya tenemos una clara conciencia de la necesidad de resolver nuestro problema interno. Pues bien, ahora nos tenemos que enfrentar con el hecho primario de que nuestra economía, nuestra política, nuestra cultura, nuestra vida toda están engarzadas dentro de un orden mayor, dentro de un complicado sistema que llamo el sistema interamericano. Toda solución definitiva que demos a nuestra situación tiene forzosamente que referirse a la estructura peculiar de ese sistema y a los fundamentos sobre los que se apoya.

El sistema interamericano no es obra de un día. No es tampoco estructura hecha y terminada. Su andamiaje apenas se levanta; sus bases son aún frágiles. Es labor efectuada contra mar y viento; contra un cúmulo de incomprensiones psicológicas y de mutuas suspicacias y recelos. Puede muy bien derrumbarse en cualquier instante, si los Estados Unidos retornan a la acción unilateral que desdeña todo intento de colaboración con países más débiles. Por fortuna, y en lo que toca particularmente a América, la voz del pueblo norteamericano le ha dado al Presidente Roosevelt, un endoso absoluto para su política internacional. Este respaldo asegura para el futuro inmediato el creciente acercamiento entre los pueblos del continente.

¿Qué significa esto en lo que respecta al sistema interamericano? Significa ante todo que se han de afianzar sus fundamentos. Sus fundamentos son tres: En el orden político, la acción conjunta, multilateral, frente a cualquier situación que afecte al hemisferio todo. Esta acción colectiva eficaz descansa

en la interdependencia política, en el criterio de que aún el país más poderoso necesita para una sana vida internacional del apoyo y la comprensión de los países débiles.

En el orden económico, el sistema interamericano aboga por un equilibrio en la economía internacional que no arroje a la quiebra y al caos a las economías nacionales. Las vastas sumas que el gobierno de Estados Unidos ha facilitado a los países hispanoamericanos, a través del mecanismo de préstamos y arriendos o del Banco de Exportaciones e Importaciones (Export-Import Bank), no constituyen generosas dádivas. Responden ante todo a una nueva concepción de la economía interamericana. Esta concepción favorece una Hispanoamérica próspera, con mejor nivel de vida y mayor poder adquisitivo. La política de convenios comerciales recíprocos --piedra angular de pensamiento económico del Secretario Hull-- va enderezada a reducir los aranceles estadounidenses y a facilitar la entrada de productos hispanoamericanos en el mercado de Estados Unidos. Esta tendencia, desde luego, se tropieza con grandes dificultades; pero hay que subrayar su orientación general, de vital importancia para nosotros: en el mundo de la post-guerra, de perpetuarse el sistema interamericano, los Estados Unidos irán hacia una gradual reducción de sus aranceles.

En el orden cultural, el sistema interamericano se edifica sobre una comprensión más profunda del proceso histórico del Nuevo Mundo. Representa la antítesis de esa imagen caricaturesca que aún prevalece aquí sobre los pueblos del Sur. Constituye irónica paradoja que mientras en el Norte se ha venido efectuando con notable intensidad la revisión de las viejas concepciones animada por un sincero deseo de entender la otra América, nosotros persistamos en aferrarnos a nociones exageradas y ridículas que niegan la realidad cultural hispanoamericana. Desconocemos en nuestra autosuficiente insularidad, el formidable movimiento de cooperación intelectual que hoy sacude al hemisferio, y que propugnan con singular interés los propios Estados Unidos. Yo he oído a algunos de nuestros más relevantes intelectuales despachar con una frase peyorativa

los logros culturales de Hispanoamérica. A mi juicio, no hay nada más trágico en la situación de nuestra clase intelectual que esa perplejidad espiritual que a veces la caracteriza frente a sus rumbos inevitables. Por expresarnos en idioma español, toda obra literaria nuestra de algún aliento queda necesariamente enmarcada dentro de la evolución natural de las letras hispanoamericanas. Abogo porque se imiten las tendencias culturales de Hispanoamérica, pero sí insisto en que se las conozca y en que se sepa que --querámoslo o no-- toda obra creadora que aquí se realice constituye una modalidad peculiar del rendimiento cultural de los pueblos hispánicos.

La verdad es, señores, que somos parte integrante del sistema interamericano, que a él pertenecemos por razones de geografía e historia, que su suerte es en cierto modo nuestra propia suerte. Nuestro pueblo quiere un orden social superior, con garantías económicas para todos, dentro del estilo democrático de vida. Pues bien, para realizar ese anhelo precisamos no sólo conocer las variadas corrientes de la vida política y económica de los Estados Unidos, sino también sus relaciones con el resto del hemisferio. Nos enfrentamos con un gravísimo problema que exige ahora --que exigirá siempre-- una acción alerta y consciente en Washington. Esa acción apenas si la hemos tenido en el pasado. Mientras Hawaii y Filipinas mantienen oficinas que son verdaderas sucursales de esos pueblos y crean un ambiente propicio para la defensa de sus respectivos derechos, nosotros hemos contado hasta la fecha con escasa representación, y nuestra voz ha sido débil y opaca. Más de una vez me he tropezado con representantes del cuerpo diplomático hispanoamericano que desconocían la existencia de la Oficina del Comisionado Residente de Puerto Rico. A pesar de los esfuerzos que hayan podido realizar pasados incumbentes, asombra el desconocimiento que hay todavía en el mundo oficial y en la opinión pública norteamericana sobre nuestras realidades insulares. Puerto Rico --digámoslo sin ambajes-- es un conglomerado humano que ha vivido al margen de la vida

continental, sin voz, ni personalidad, ni valer propio.

No nos merecemos ese destino. Contra él hemos de reaccionar si es que se ha de cumplir el deseo de nuestro pueblo de lograr un orden social armonioso. En los actuales momentos nuestra vida económica reposa sobre un puñado de exiguas concesiones: específicamente sobre la ausencia de un arancel. Corremos el peligro de que esas concesiones desaparezcan, no importe cual sea nuestro destino definitivo, sacrificadas en aras de una política de proyecciones continentales o mundiales. Es imperativo, es urgente que comencemos cuanto antes a actuar con criterio amplio que rebase los estrechos lindes marítimos de la isla. Para sobrevivir tenemos que transformar las concesiones presentes en futuros derechos. Tenemos que proclamar, sí, nuestro derecho a la vida y hacerlo valer por nuestro continuo y vigilante esfuerzo. Si el sistema interamericano quiere decir cooperación intelectual, unión política, equilibrio económico, entonces debemos recabar que como pueblo de América, como ínfima unidad geográfica, étnica e histórica dentro de la magna unidad del continente, haya también para nosotros reconocimiento y seguridad y protección. Y que este reconocimiento y esta seguridad existan, sea cual fuere la fórmula específica y concreta que escoja libremente nuestro pueblo como solución final de su destino político. Sin esta gestión anterior, sin este esfuerzo previo, de nada vale ninguna fórmula propuesta, por mucho que satisfaga nuestra inclinación natural y exalte nuestra condición colectiva.